



Dieciséis restos de lunas en alguna ciudad y pueblos menores

José Juan Bonhomme

A qué he venido? les pregunto.
Quién soy en esta ciudad muerta?

...

..., pero dónde,
pero dónde estuve, quién fui?
No entiendo sino las cenizas.

Pablo Neruda, "Regreso a una ciudad", *Estravagario*.



I

Se tienden,
se estiran,
se elevan,
descienden,
se cruzan,
se pierden,
algo sucias,
algo irregulares,
algo imperfectas,
como para tropezones,
como para uñas carcomidas
y calambres de manos.
Son las calles,
anchas o estrechas,
da lo mismo,
allí donde luchan
el peligro y la aventura,
transitadas
por gestos y miradas,
por bocas clausuradas
en las esquinas beodas
abandonadas al viento,
por sombras,
solo sombras,
que persisten,
implorantes,
en llamarme
para que testifique a su favor.



II

New York es una piedra donde brilla la luna.
Manuel Ramos Otero, *El libro de la muerte*.

Odio voy repartiendo en cada paso.
Sólo a veces, un atisbo de ternura
irrumpe, inesperado, al ver una mujer.
¿Qué es esto hiriéndome el costado en este ahora?
¿Por qué se desinfla, acorralada, la ilusión?
Ese ajeteo escandaloso,
resonando en una piedra donde arde la luna,
me aplasta, me calcina, me ha vuelto enano.

III

Esta piedra desaliñada y tan llena de vida,
creciendo desenfrenada entre montañas,
¿perecerá ahogada en un diluvio de lunas?
¿De dónde vendrá ese llanto amenazante,
su sorpresa huracanada golpeando por la espalda?
¿De Él? ¿De ellos? ¿De ti?

IV

Tu tarea, ciudadano,
aprender, como esa luna,
lo que es ser un solitario (de)más
entre la muchedumbre.



V

Ya no aguardas milagros.
La experiencia,
esa maestra de todos,
te ha enseñado
el repique de los días
afirmando tu destino.
Aunque agites tus ahogos
y los trastornos recurrentes,
los de tus sueños,
en el espacio del ruido
y la vorágine,
te devora la indiferencia
de la piedra y la luna.

VI

Alguien se detuvo, ante la puerta del castillo,
para ver al gato nocturno, deambulando
por una cascada de lunas, duras y grises,
pisadas, ya sin sombras, por ambiciones y vicios.
Allí donde reinaron las voces de los amos
y las botas del gendarme ensuciaron las plazas
y las monedas se unieron a un coro de campanas.
Allí, donde un tufo colonial tiene su sueño
y unos pocos ostentan el poder y los bienes
y la ambición se pavonea en los escaparates.
Donde la pesadilla transita, desorientada,
doblado en las esquinas y espera,
con mirada rencorosa, su víctima casual.
Algo salva, imprevisto,
a estas piedras y a esas lunas
que golpean en los juegos de una noche,
agitada, voraz, enemiga del silencio.
Algo apuesta a los milagros de la aventura,
tratando de hacerse amor mientras se esfuma.



VII

Me asalta el tiempo huido entre tus calles.
Blas de Otero, *Bilbao*.

Dicen que no te he amado,
que no he descrito
tus casuchas descoloridas
que miran el valle y el río,
tus calles angostas
donde reina el comercio,
los cuatro o cinco logros
de un politicastro de turno,
tus falsos días de gloria,
tus hazañas raquílicas,
que no te he amado,
pueblo mío,
porque no tracé,
para ti, alabanzas,
ni guarde tu memoria,
fossilizándote,
con los geranios de hierro
dejando sus huellas de sangre
en el candor del papel.
Pero acá entre nosotros,
por lo bajo,
déjame confesarte,
sin aplausos o absolución,
esta extraña situación
que perturba y duele:
que todos los días,
diligente y sereno,
bajo por tu calle principal,
doblo a la izquierda
y luego a la derecha,
recojo a la familia y los amigos
y me los llevo, secuestrados,
para el rincón del alma
donde habita la risa
y está prohibida la entrada a los intrusos.



VIII

Un silencio insinuante
impera en ese otro pueblo,
el de fantasmas,
tendido, allí, en la pendiente,
donde yacen, con la lluvia,
el fango de los montes
y los restos polvorientos
de los que se consumieron
entre el tedio y el trabajo,
un silencio solemne
que apenas desmerecen
las pisadas y los sollozos,
el olor de las flores,
y los ladridos casuales
de una perrera,
vagabunda y hambrienta,
que acompañan
unas fechas y unos nombres.

IX

Y mis mejillas eran sal y lágrimas, pero eran las de un niño.
Derek Walcott, *Omeros*.

Ayer volví a ti,
hecho “sal y lágrimas”,
de la mano que me legó
la quemadura del amor
y el libro de los deberes.
Sí, retorné a ti,
corriendo por tus calles,
alegremente, ignorante
de los temores que pueblan
eso que llaman vida
los adultos.
Sonriendo,
entre juegos y amigos
ya perdidos para siempre,



me fui gastando el tiempo
para llegar
a este simple lugar y gesto
en el ahora que soy.
Regresaron uno a uno:
los perros callejeros
y los gatos nocturnos,
la sombra harapienta,
con su tufo a alcohol,
que inspiraba temor
y compasión,
la gente seria e inútil
de todos los días
y mis aliados benditos
que hicieron de la vida
una rumba de risas
y de sueños
en lo incierto.
Ayer volví a ti,
pueblo tirado hasta el risco,
para mirar, desconfiado,
tu llamado progreso,
tus calles agitadas
por el ruido y la caterva,
tu modernidad
de aldea remozada.
De dónde,
—¿Algún día lo sabré?—
me sale esta nostalgia
y este sentirme lejos.
¿Por qué te siento mío
y abrumado,
mascullando reproches,
no puedo abandonarte?
Miro la tarde vaciarse
sobre los techos,
los ruidos del trajín
apagarse,
las tiendas clausurar,
las calles despoblarse
y entonces,
cuando nadie queda
o apenas alguna sombra
deambula por tus rincones,



regresan ellos, los míos,
intactos y risueños,
sin las arrugas del tiempo,
regresan todos ellos
y me dicen
que a pesar de las ruinas
este es mi hogar.

X

Temible y aguardada como la muerte misma se levanta la casa.
No será necesario que llamemos con todas nuestras lágrimas.
Nada. Ni el sueño, ni siquiera la lámpara.
Olga Orozco, *La casa*.

La casa real,
la verdadera,
era un templo,
hoy borroso,
donde habitaban,
libres y animados,
los fantasmas.
Allí, cada siete días,
se vivía la maravilla,
esa gran fiesta,
de la sangre y el amor.
Su tiempo,
encendido de verde y azafrán,
fue el reino de la inocencia,
de la vida traviesa
que apenas las voces de ellas
lograban contener.
En su interior
los pasos olorosos de sus risas
se esparcían en el aire
hasta que el laberinto de cuartos
y figuras ajenas
aburrían a los salvajes,
que invitados por los adultos
saltaban a sus afueras
para vivir con la intensidad
que sólo un niño sabe.



Los fantasmas generosos
vigilaban los juegos
mientras los locos
destrozaban la tarde
y los mangos,
contra el tiempo,
tan francos,
es decir, tan felices,
que pedían que no se apagara el día.
Después,
con el ir y la muerte,
llegaron otros
y arrasaron la tierra
y borraron los sueños
y la casa quedó, allí,
en sus manos,
tan rancia y resignada
que es hoy extraña.
Por eso, la casa real,
la verdadera,
es ahora esta otra,
la que no estuvo en el mercado
ni tuvo precio,
la que habita en el sueño
y en el verso,
donde perdura, para siempre,
una niñez de fiesta en su jardín.



XI

El pueblo de este sueño
tiene huellas en las cimas de los montes,
unos techos que se derraman por la ladera,
calles estrechas transitadas por sombras
y aceras agitadas con los murmullos de ellos.
También dos edificios para albergar patanes,
un cine con aventuras de risas y deseos,
la esquina de mil noches con las voces amigas
y el balcón con el niño mirándose ya viejo.
Y más allá del borde del barranco,
la serpiente de barro y lunas que baja por el valle,
animales pastando sobre el furioso verde,
sudores abandonados junto a una chimenea
y una bandada de gaviotas, en el azul cansado,
volando, como este sueño, hacia el ocaso.

XII

Hoy soy el otro,
el que habita en los apellidos olvidados,
el niño de la mano de su ángel,
el que asustado escuchó los rezos por los muertos
y vio bajar en el lodazal barcos y sueños.
Hoy soy el otro,
el que reía entre tangos con amigos
el de noches de bohemias bajo faroles y lunas,
el que creyó en la esperanza y en el pueblo,
y apostó, porque era ineludible, a la justicia.
Hoy soy cenizas,
pero cuando volteo y miro
en esas calles mudas veo rostros y sueños.



XIII

Para “El Nene de Lola”,
“borracho de las calles de mi pueblo”.
Silvio Rodríguez

Cuando llega
y se anuncia,
al doblar la esquina,
los otros huyen, espantados,
como ante un aparecido.
Andrajoso y maloliente
cruza la calle,
siguiendo el llamado,
mientras dice, con humildad,
su nada y sus deseos.
Los recelosos, temen.
Ven en ese espejo corroído
el espectáculo de un derrotado
o al maldecido por el único dios
que le sobró a la imaginación,
algo así como el augurio
de una debacle posible
esperando, vengativa,
para hacerse la vida.
Lo miro, a la distancia,
ir de una acera a otra.
Algo invisible
le desgarró su traje de joven
y hurtó los zapatos infantiles
que sus pies hinchados
ya nunca podrán calzar.
Según avanza, vacilante,
y se cierra la brecha,
me seducen sus gestos
y decido, voy, me acerco,
me coloco a su lado
y me sorprenden, intactos,
los latidos del mar.
Mi presencia, apenas lo intimida,
y discreto, continua en lo suyo,
solemne, sin hablar latín,
histrión en su ceremonia,
mientras unas gotas de lluvia



suavizan las iras
del dios encadenado en el alcohol,
ese que él sigue convocando
con esa extraña plegaria
que, no hay que adivinar,
ha sido su única poesía.
Mi mirada respeta su ritual.
De repente se yergue,
le brillan los ojos y consume,
bebe la sangre
de ese cáliz barato y desechable
hasta perder el aliento
y extraviarse en su sombra.
Ahora, transmutado,
finaliza,
se llena de alegría,
cierra la última escena,
se inclina hacia el silencio
y bracea en su naufragio
en busca del rumor
y cuando ya parecía
que nos marcharíamos,
desconocidos,
cada cual por su camino,
mi hombro
tropezó con su hombro,
nos miramos,
sonrió,
me concedió permiso
y por aquí voy
sumergiéndome en él
haciéndome su rito,
su corazón que late,
su plegaria descalza,
su obstinada esperanza,
tan inútil y fuerte,
de mar.



XIV

En las calles estrechas
de esa ciudad amurallada,
que no entiendo,
hay una esquina,
cuyo nombre he olvidado,
donde siguen bailando,
llenos de alcohol,
los muertos.

XV

Abandonarme.
Perderme en el hiato del rincón.
Dejar que el mutismo
se lo devore todo con su hambre
mientras veo el miedo agazapado
y al odio liberado
por los pasillos de la ciudad
en esta noche extenuante
donde no se hizo la luna.
¿Queda un último amanecer
para esta piedra mía?
¿Queda alguna resonancia indiscreta
que la fugacidad, prepotente,
no consigue acallar?
Sobre los vestigios
es que labra un cadáver,
espectáculo risible,
ironía insistente,
que se sacude,
hace trazos,
y alcanza su misión.



XVI

Mañana descansaré cuando anochezca.
No delataré sus nombres a la Historia.
Hoy, entusiasmado y agradecido,
solo me toca caminar por esas calles
a jugarme con los fantasmas mis últimas apuestas.